



Firmes y Felices por la Unión

Marco Mühletaler M.

Padre de Familia (1° primaria), director del centro cultural PUCP y teatrista de corazón

No es ningún secreto que vivimos tiempos convulsos. La extrema polarización, el enfrentamiento entre posturas políticas y la dificultad por anteponer la empatía al prejuicio marcan nuestro día a día. Suena desolador, pero la solución a esta situación de entrapamiento no está más que en nosotros mismos.

Hace un tiempo, con amigos y colegas, nos preguntábamos qué lugar ocupan los lemas nacionales en la construcción de una escala de valores que deben guiar a sus ciudadanos. Cómo podríamos entenderlas como faros en la búsqueda del rumbo correcto -precisamente hoy- cuando parecemos estar a la deriva atravesando marejadas y turbulencias.

Si los lemas fueron acuñados por hombres y mujeres que vivieron antes que nosotros, algo dicen acerca de la visión que tenían de su patria hacia adelante -nuestro presente- pero también del futuro de nuestros hijos.

Podría empezar citando el lema nacional del Perú: **Firme y feliz por la unión**. Pero quizás sea más oportuno mirar más lejos, en otras latitudes, para volver la vista hacia nosotros mismos. El famoso lema francés *Libertad, igualdad y fraternidad*, que tiene su origen en la revolución y en la lucha de un pueblo contra la opresión, defiende principios que son mucho más antiguos.

Los valores a los que se refiere son piezas clave para construir una democracia saludable y que ofrezca garantías a los ciudadanos de cualquier nación.

La libertad, la igualdad y la fraternidad constituyen un todo indisoluble, como la Santa Trinidad en la doctrina cristiana. Y es en medio de los que justifican sus actos en nombre de la libertad y de aquellos que lo hacen por la igualdad (y que se sienten opuestos) que se encuentra el tercer elemento -la fraternidad- que los invita a hallar puntos comunes. La fraternidad es quizás el valor más olvidado; pero definitivamente el más importante. Lo olvidamos cuando anteponeamos nuestros intereses al bien común; cuando no somos conscientes de que lo más poderoso de una comunidad es su capacidad no sólo de sumar, sino de multiplicar gracias a la colaboración y el compromiso por el bienestar general.

Bajo el manto de la fraternidad podemos re-unir una sociedad que se está acostumbrando a distanciarse y, peor aún, que normaliza la polarización. Volvamos a los gloriosos lemas de aquellos que se desvivieron forjando una sociedad firme, feliz, libre, igual y fraterna. **Nuestros hijos nos están escuchando, este es el momento de darles el ejemplo de ciudadanía y convivencia saludable.**